

La gran conversión digital

LAURA MAROTIAS*

La edición local del reciente libro de Milad Doueihi, filólogo e historiador, constituye una muy buena noticia para quienes procuramos aprehender los cambios que la penetración de las tecnologías digitales en ámbitos cada vez más diversos de la vida cotidiana está produciendo en términos culturales, políticos y sociales.

En formato de ensayo, con una escritura suelta y amena y con un estilo muy provocador a la hora de realizar analogías y seleccionar los términos para sus definiciones, Doueihi analiza la cultura digital en términos de un nuevo proceso civilizatorio, una mudanza de magnitud tal que impacta en los ámbitos más trascendentes de la vida humana, un gran cambio de paradigma en relación con nuestros modos de ser y estar en el mundo: *“Uno de los aspectos más sorprendentes de la cultura digital es su continuidad casi ininterrumpida (deberíamos decir que, para la mayoría de los usuarios, es una realidad de cada instante): impregna, e incluso define, una nueva vida cotidiana, marcada por nuevos principios activos, que gestionan nuestra presencia, nuestras comunicaciones, nuestra manera de percibir y de representarnos tanto a nosotros mismos como a los demás”* (Douihi, pág. 88).

La profundidad, la amplitud y la localización de los cambios le sugieren al autor una analogía con el proceso civilizatorio, en tanto “no se

reduce a la emergencia de normas sociales que tienen el poder de conferir sentido a jerarquías establecidas sino que en ella (...) encontramos los principios rectores –siempre en transformación, puesto que están influenciados por la evolución tecnológica y por la expansión y la diversificación de la comunidad de los miembros– de un nuevo orden social, y al principio paralelo, que está separado del origen nacional o de lo que podríamos llamar la identidad convencional. En los últimos tiempos, ese orden social virtual está reivindicando una universalidad anclada en la supuesta ‘neutralidad’ de la tecnología y su recepción” (Douihi, pág. 21-22).

Y es en este sesgo universalista donde la cultura digital puede compararse con la religión –dice el autor, utilizando una poderosa analogía– en tanto es su única rival en materia de presencia universal. Además la religión requiere de la conversión para incluir a quienes provienen de otros credos. La cultura digital también requiere de una conversión al nuevo paradigma que permita la reinterpretación y reinserción de los antiguos marcos y contenidos dentro de los nuevos. Y el instrumento y condición de posibilidad de esa conversión es la *alfabetización digital*. Este concepto atraviesa el libro de punta a punta y es uno de los pilares en los que se apoya el texto: para poder ser ciudadanos plenos de la nueva cultura deberemos atra-



DOUEIHI, Milad, *La gran conversión digital*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, 229 páginas.

119

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS



Lic. en Sociología; Maestranda en Ciencias Sociales con orientación en Educación, FLACSO Argentina; responsable de gestión y tratamiento de materiales en FLACSO Virtual; Investigadora del Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. E-mail: lmarotias@gmail.com

vesar este proceso de alfabetización que se constituirá en instrumento de empoderamiento del ciudadano digital. La importancia del rol de la alfabetización digital, entonces, no es sólo técnica o académica, no se trata meramente de saber usar herramientas tecnológicas, sino que, bajo esta mirada, la alfabetización digital se muestra en su dimensión más política, es decir en su potencia para producir, defender y ejercer derechos digitales básicos como la accesibilidad, la privacidad, la seguridad o la identidad digital.

El incipiente, pero constante y veloz, proceso de alfabetización digital -en gran medida plasmado en la contundente apropiación de las herramientas de la denominada Web 2.0- tiene la fuerza de tender puentes al interior de cada una de las dos principales fracturas que para el autor caracterizan al entorno digital y lo vuelven arena de conflicto y debate: *“una primera fractura entre el acelerado desarrollo de las tecnologías –pero también y, sobre todo, de las normas culturales que éstas producen– y el marco jurídico concebido para regirlas y reglamentarlas”* y una segunda fractura definida como *“la brecha cada vez mayor entre la rapidez y la complejidad del desarrollo tecnológico y sus umbrales de uso y acceso”* (Doueih, pág. 37). Es en torno de estas dos brechas donde se localizan algunos de los sismos más fuertes que la cultura digital produce en las prácticas sociales y culturales fundantes de nuestra experiencia humana y que explican las tensiones, avances y retrocesos, promesas y riesgos del advenimiento de este nuevo orden sociocultural. Ya no se trata de la brecha en el acceso, de la distancia entre quienes están conectados y quienes no lo están. Se trata de brechas que, alojadas en las transformaciones más significativas producidas por la cultura digital, moldean las experiencias del conjunto de la sociedad: el alcance del nuevo paradigma digital excede por mucho la dicotomía *conectados/no conectados*.

En relación con la primera fractura, Doueih hace un repaso exhaustivo de los conflictos relativos al *copyright* y la propiedad intelectual suscitados por el avance de las tecnologías pero también y, fundamentalmente, por la masificación de nuevos modos de acceder a los bienes culturales, de entenderlos y de valorarlos socialmente que vienen acompañando a tales cambios en las técnicas. Los “nuevos modos de hacer digitales” desafían los marcos jurídicos existentes: los bienes que se intercambian no pueden ser fácilmente aprehendidos por las leyes debido a su inmaterialidad. Los bienes digitales no son comparables con los bienes analógicos, son de naturaleza distinta en razón de que mantienen una relación diferente con la escasez y la abundancia. Sin embargo, en parte debido a que la metáfora estructurante de Internet ha sido hasta ahora la cultura impresa, se ha venido entendiendo al entorno digital, en materia de producción de bienes culturales, como una extensión del analógico, como una simple “traducción” de la cultura letrada asociada a lo impreso al lenguaje de la nueva cultura digital. No obstante, y retomando el juego de palabras, lo que hace falta es más que eso: es una “conversión” en el sentido religioso y técnico del término. Es necesario un esfuerzo de reinterpretación y de resignificación en el que la alfabetización digital será la que abra el camino.

En relación con la segunda fractura, el autor alerta sobre la existencia de una nueva aristocracia, de una nueva división de clases al interior de la cultura digital que separa a quienes hacen mero uso pasivo de las tecnologías digitales, de quienes comprenden cabalmente su funcionamiento porque son especialistas. Esta diferencia entre *usuarios* y *manipuladores*, tal como los denomina el autor, señala una brecha en la posibilidad de ejercicio de los derechos digitales: a medida que los entornos digitales se complejizan y especializan los manipuladores son los únicos posibilitados para ejercer

plenamente sus derechos y orientar el desarrollo del entorno digital ya que son quienes comprenden la cartografía de este nuevo entorno. Nuevamente la alfabetización digital será el elemento que permita minimizar los riesgos de esta fractura en materia del ejercicio de derechos en el espacio digital.

Pero más allá de su densidad en materia de discusión de marcos jurídicos y derechos establecidos y a establecer, la cultura digital trae consigo también una nueva cultura letrada que le es propia, una nueva manera de acceder al conocimiento y procesarlo, de producirlo y difundirlo apoyada en la transformación de las nociones clásicas de autor y lector que provienen del modelo de la cultura impresa. El nuevo modelo de autoría propio de la cultura digital se caracteriza por el borramiento de la frontera entre una y otra función: artefactos como *Wikipedia*, los blogs, *Flickr* o *Delicious* representan para el autor ejemplos de este nuevo “modelo de ensamblado de la autoría”, donde el “ensamblaje” se refiere a la recopilación como *“agrupación a la vez definida por una selección inicial y susceptible de recibir modificaciones y adaptaciones”* (Doueih, pág. 61). Y es a través de la construcción de estas recopilaciones, de estas antologías -formadas con fragmentos de conocimientos y saberes seleccionados, siempre abiertas e inacabadas- que moldeamos nuestros modos de acceder al conocimiento y de producirlo.

Esta mirada de la cultura digital como heredera de la cultura letrada pero a la vez generadora de sus propios modos de producción de saber, de sus propias jerarquías intelectuales, de sus propios lenguajes y modos de interacción social, de identidades polifónicas y subjetividades diversas, es un interesante aporte del autor, en materia de densidad y complejidad, para la definición del concepto de cultura digital, entendiéndola como un nuevo paradigma, siempre enmarcado en su contexto histórico, vinculado con lo

que lo antecede, pero también discutiéndolo y desafiándolo. Así como la cultura letrada requirió de un tipo de alfabetización que la sustentase, que sirviera de mapa y de brújula para desarrollarse dentro de ella, la cultura digital demanda también de un proceso de alfabetización que nos permita orientarnos en la comprensión de la complejidad de este nuevo entorno y de la dimensión política de nuestras acciones y decisiones digitales.

El libro, al tiempo que propone un marco conceptual para entender la cultura digital en su dimensión histórica, social, política y ética, construye él mismo su propia antología al brindar descripciones y análisis de los proyectos, experiencias, actores y herramientas que constituyen nues-

tro entorno digital hoy. Analizando el fenómeno cultural constituido por *Wikipedia*, la relevancia política del *Movimiento de Software Libre*, las nuevas prácticas habilitadas por los *agregadores RSS* en materia de acceso al saber, las implicancias éticas y políticas de proyectos de identificación digital por métodos biométricos o el por qué del escaso éxito de los libros electrónicos, entre otros temas, el autor muestra y explica “de qué esta hecha” la cultura digital hoy. Y del análisis de esa sustancia, de ese recorrido antológico, obtiene conclusiones relevantes para producir un andamiaje conceptual que permite acercarse mejor a los matices, a las complejidades y a las densidades que se esconden en la definición de un concepto que procura nominar una cultura en construcción, un

“*work in progress*”, un ejercicio infinito e inacabado” (Doueih, pág. 160), que vamos moldeando entre todos los ciudadanos digitales, día a día, bit por bit, palabra por palabra.

Recibido el 10 de noviembre de 2010